

En el bicentenario de la revolución francesa

Gerardo de la Fuente Lora

*Un abrazo. Te quiere:
la Revolución*

Fiodor Cherdyntsev, el joven protagonista y narrador de la novela de Vladimir Nabokov, *La dádiva*, reflexiona sobre su salida de Rusia un lustro y dos años después de la victoria bolchevique:

El año siete. El espíritu vagabundo de un imperio adoptó inmediatamente este sistema de cálculo, afin al introducido previamente por el fogoso ciudadano francés en honor de la reciente libertad. Pero los años se suceden y el honor no es un consuelo; los recuerdos se desvanecen o adquieren un brillo cadavérico, por lo que en vez de maravillosas apariciones, sólo nos queda un abanico de postales.

Postales. Un gran acontecimiento se desvanece en una serie de retratos, perfiles, saludos y parabienes, recortes del tiempo que, transformados en imágenes inmóviles, en posturas para la eternidad, nos interpelan y reclaman nuestra presencia, nuestra adhesión y afecto.

Aquello que se nos aparece en un retrato y en el envío de un abrazo, nos arroba, nos afecta con el deseo de estar allí, a la vista de la imagen y el paisaje que ante sus ojos tiene el remitente. Acaso sólo por la distancia, o quizá porque el recorte de un ángulo siempre resalta las formas de lo que en el

conjunto sería irrelevante, la correspondencia que nos llega hace palidecer los tintes de nuestro presente y nos aventuramos en el sueño de ir al encuentro del amigo querido que nos manda unas líneas. Porque la posibilidad de llegar al sitio de la imagen no se pone por principio en duda: si la carta llegó, ¿por qué no podremos ir nosotros?

Una parte muy notable de los sucesos transcurridos durante estos dos siglos desde la revolución francesa podría resumirse en el movimiento de recibir la postal y salir al encuentro de su imagen.

Y ahí tenemos ya al grupo de revolucionarios de Sonora en actitud amenazante llamándose a sí mismos *jacobinos* en el Congreso Constituyente de 1916; y ahí están ciertos intelectuales, de sospechoso aspecto, haciendo modelos de la *revolución burguesa*; a su lado, dos amigos españoles explicando por medio de la ausencia de un regicidio, análogo al de Luis XVI, el sueño por el que se acostaron republicanos y se levantaron monárquicos; y el terror en el nombre del pueblo, por boca y acto de media docena de dictadores latinoamericanos; ¡ah!, y por ahí está también Hegel posando junto a la aurora de la Razón, ésa que en su sueño de pesadilla engendra monstruos.

Doscientos años de distancia y nos siguen llegando cartas certificando que se trata sólo de una separación espacial o, en todo caso, afirmando con su llegada que el tiem-

po es reversible y que, cómo no, podemos ir hasta la revolución francesa porque de hecho todos, cada uno, ya ha estado ahí. Y aquí estamos, conmemorando su aniversario y el nuestro.

*¿Quién te la mandó,
lo conoces?*

Dos siglos han sido bastantes como para que la colección de postales que nos es accesible, y que nos llama, se haya multiplicado hasta el infinito. ¿Y desde dónde nos las mandan? En el pasaje de Nabokov que hemos citado, por ejemplo, no acabamos de comprender si hay una postal de la Rusia soviética y otra de la revolución francesa, o bien el acontecimiento bolchevique es una imagen dentro del retrato que nos llega de 1789, o quizá las masas frente al palacio de Versalles forman parte del gentío que se agolpa en las calles de Moscú.

¿Desde dónde nos llega la imagen de “la aurora de la Razón”? ¿desde el romanticismo alemán, o desde los asientos de los *montañeses*? ¿Y quién la envía: Kant, Goethe, Hegel, Beethoven?, ¿o podemos pensar que nos la envía Dantón?

Nunca, en estos dos siglos, ha sido cierto que existiese una sola colección de correspondencia con la revolución francesa. Pero en este presente de modernidad ya entrada en años —y quizá desfalleciente— ha acontecido una pluralidad de imágenes de la gran revolución que nos impide recuperarla en una única postal, sin borrones y desgarraduras, como la que pareció posible, en un momento de esperanza, a la luz de la teoría marxista: “la aproximación revisionista está en el aire”, ha dicho el intelectual francés de izquierda Michel Vovelle (y esta clasificación topológica de la posición política del autor constituye otra postal en homenaje a la revolución francesa).

Nuestra confusión ha alcan-

zados ya hasta la posibilidad misma de identificar el acontecimiento. ¿Qué responder, por ejemplo, a la pregunta por el comienzo y el fin de la Revolución? ¿Se inició en 1789 con la convocatoria a los estados generales y terminó en 1793 con la decapitación de Luis XVI? ¿Llegó acaso hasta el Terror o quizá cubrió hasta 1815, cuando la caída del imperio napoleónico? ¿O tal vez de verdad terminó el 13 de diciembre de 1799, cuando la Constitución del año VIII, que estableció el Consulado, declaró el fin de la Revolución por haber alcanzado sus objetivos? La cuestión no es menor, puesto que el mundo ha vivido ya suficientemente la experiencia desastrosa de un sinnúmero de revoluciones que, al menos eso declaran sus dirigentes, no han terminado y siguen sin terminar.

Otra forma de abordar el problema sería afirmando que, si bien la Revolución como tal terminó, aunque no sepamos bien a bien cuándo, sus ideales representan una forma de sobrevivencia y constituyen una prueba de la actualidad de la revolución.

Los del retrato no somos nosotros

Si no podemos llegar a un consenso en torno a la verdadera imagen de la revolución francesa, tal vez ello se deba a que carecemos de un código común que nos permita acercarnos a ella, a pesar de las aparentes garantías que nos dan las infinitas postales que nos invitan a visitarla y que, incluso, nos aseguran que ya estamos ahí.

Somos, es cierto, participantes virtuales de los debates que tienen lugar en la Asamblea Nacional, en la Constituyente, en la Convención; podemos incluso estar presentes en las charlas íntimas de Napoleón y Josefina, tal vez hasta podamos emitir eventualmente una opinión, pero, con todo, persiste una estela de intraducibilidad de aquellos intercambios a nuestro decir contemporánea.

¿Por qué no tratar de

aprehender precisamente esa intraducibilidad, manteniéndonos suspendidos ante la tentación de ir a alcanzar a nuestro remitente? Ésa es la sugerencia que nos hace Jacques Derrida al analizar el ensayo de Kant *El conflicto de las facultades*, frente al que se propone

... reconocer los momentos de intraducibilidad, es decir, todo lo que no puede llegar hasta nosotros y que por lo tanto no podemos utilizar.

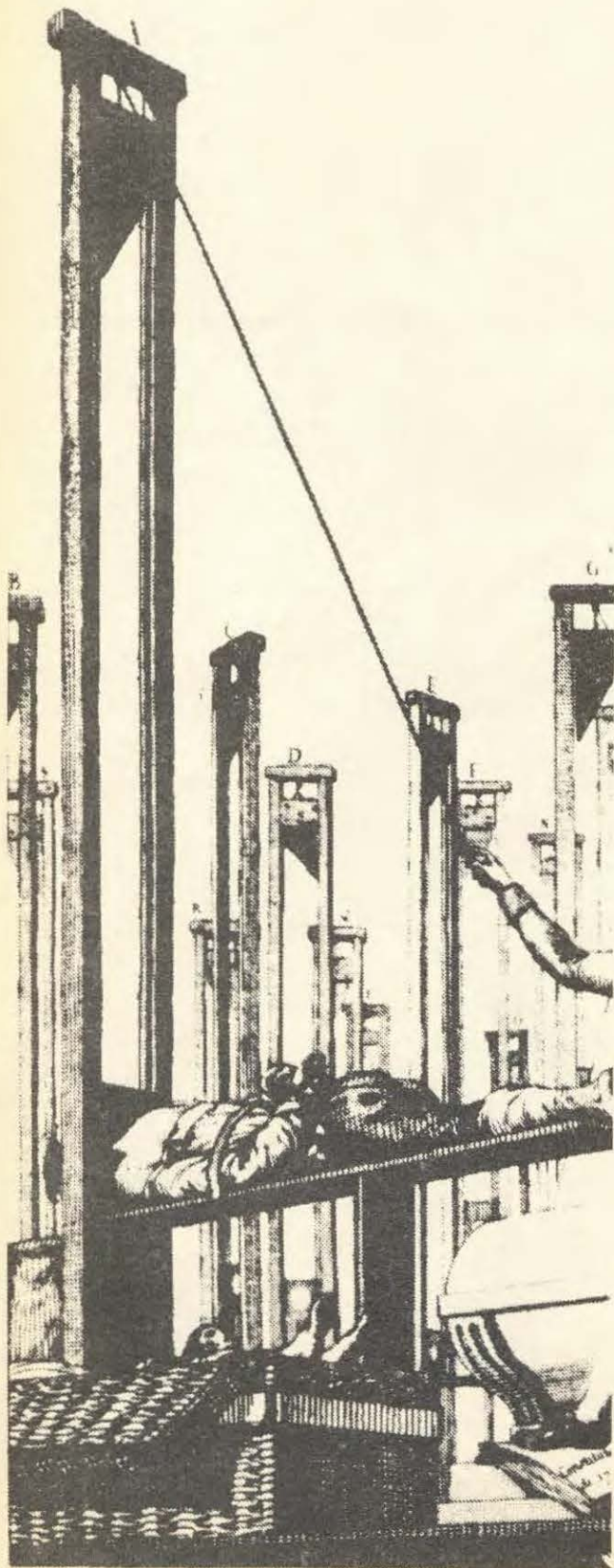
La decisión de abordar la Revolución como acontecimiento sustantivo en sí mismo, en su singularidad intraducible, "como un relámpago en la noche", diría Bataille, tendría como consecuencia abrir una nueva perspectiva para pensar su actualidad.

Ya no se trataría de la colección de postales por las que se justifica toda acción, tanta es la pluralidad de las imágenes, como en los casos en que la Declaración de los Derechos del Hombre se ha invocado para imponer a pueblos enteros la *libertad*, siguiendo aquel dicho de Rousseau que afirma que quien se niegue a obedecer la voluntad general debe ser obligado a ello, "lo cual —aclara Rousseau— no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre".

Desde la aceptación de su núcleo intraducible, la Revolución es actual por su ausencia, por su imposibilidad, por su acabamiento. Y lo único que no puede aceptarse es que siga siendo actual en el viejo sentido de proceso repetible, siempre por culminar.

Como acontecimiento esencialmente intraducible, la Revolución es actual en una nueva forma porque hace emerger nuestra *diferencia*, porque nos permite ubicarnos en nuestro presente, escenario único, asumiendo nuestra especificidad y sustantividad. Acaso haya ya una intuición de este sentido de intraducibilidad en la afirmación común de que la revolución francesa se encuentra en el origen de lo que somos. Sólo





faltaría agregar que, precisamente por ser un origen, nos es inaccesible, está en un abismal *antes de nosotros mismos* para el que no es posible tender puentes suficientemente grandes.

Ubicados frente a la postal, apenas acabando de despedir al cartero, viendo nuestra silueta sentada al lado de un atronador Robespierre, nos daríamos cuenta de que los que estamos ahí retratados somos y no somos, estamos y no estamos, o mejor, de que hay una parte de nosotros que únicamente está aquí, mirando la carta, resistiéndose a entrar en ella.

Los representantes del pueblo francés, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre.

Necesitamos conocerla, y cada vez mejor, para convencernos por fin, por la vía de la multiplicación de las postales, de la desigualdad e inaccesibilidad de los orígenes, de la imposibilidad de domesticar en un relato homogéneo y luminoso una desgarradura del tiempo que ya nunca se cerrará y que nos ha dejado suspendidos sobre ella.

Conocer, ya no para buscar fundamentos, mucho menos para develar los designios de la Historia, de la Razón, de la Divinidad: conocer simplemente para mantener nuestra conversación, nuestro gozo por estar juntos aquí, hoy, sustantivamente, creando conflictivamente nuestro mundo.

El remitente no tiene dirección: no podemos despedirnos.

¿Qué es lo que nos acerca tanto a este comienzo de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, y qué es lo que al mismo tiempo nos hace sentirla tan distante, irremediabilmente lejana? ¿Se-

rá que los *derechos inalienables* se han vuelto completamente mercantiles, o que aun el respetarlos no nos deja a salvo de las desgracias personales y públicas, contando entre estas últimas la pérdida de la esperanza colectiva y del horizonte del progreso?

Podemos y debemos suscribir la *Declaración*. . . , pero parece que la única manera a nuestro alcance para rubricar el documento consiste en crear nuevas normas, nuevos hombres, una nueva naturaleza y, en último análisis, una *Declaración* inédita, un nuevo documento para asentar nuestra firma.

Fin de la correspondencia

El 18 Brumario se escribió dos veces. Luis Bonaparte salió al encuentro de la Gran Revolución, se vistió con sus ropajes, imitó el porte y el tono heroicos de los protagonistas de antaño..., pero la segunda vez resultó una mascarada.

La revolución francesa se ha vuelto a escribir cada vez que los actores de un nuevo tiempo han echado mano de su relato y simbología, para dar a sus acciones el halo prestigioso de los orígenes. En todos los casos, sin embargo, los resultados no han superado el carácter grotesco, detectado por Marx, en los sucesos de la Francia de 1848.

En vano habríamos de empeñarnos, pues, en ir ahora al encuentro de la Revolución, construyendo en nuestro presente sus escenarios; actuando sus diálogos y argumentos; empleando sus postales como herramienta de comprensión de ella y de nosotros. Los sucesos de 1789 no pueden darnos ni fundamento ni legitimidad; se han perdido irremisiblemente.

¿Para qué conocer, entonces, la Revolución, si ya no podemos esperar de dicho conocimiento la revelación de las claves de nuestro ser, la aportación de los asideros que, con tanta urgencia, demandamos? ■